



VOL: AÑO 4, NUMERO 10

FECHA: MAYO-AGOSTO 1989

TEMA: MUJERES

TITULO: **El tiempo de la diferencia: Condición femenina y movimiento de las mujeres [*]**

AUTOR: *Alberto Melucci [**]*

TRADUCTOR: Alejandra Massolo

SECCION: Notas y traducciones

TEXTO

Más que cualquier otro movimiento contemporáneo, el de las mujeres ha entrelazado la reflexión sobre la condición femenina con el rol del conflicto dentro de la sociedad. Más que para cualquier otro movimiento, el reclamo de una diferencia ha fundado la acción colectiva: diferencia irreductible puesto que radica en la naturaleza y en la experiencia ancestral de la especie. Por esto es tanto más difícil separar la lucha de las mujeres de la historia de la mujer, del conocimiento de una subordinación sumergida en la memoria más arcaica de la sociedad humana. No obstante, se reafirma el principio de método que he señalado anteriormente, esto es, la necesidad de distinguir sobre el plano analítico la condición femenina y el movimiento de las mujeres y de no deducir uno de la otra.

Esta distinción se ha ido confirmando aún dentro del mismo movimiento. De hecho, en los años 80's se observa una diferencia entre la amplia difusión social de los temas, reflexiones, iniciativas referidas a la condición de la mujer y la pobreza o el silencio de las movilizaciones colectivas. Pero detrás de este detenimiento aparente está madurando una transformación profunda: sin haber perdido para nada la herencia del pasado y después de haber filtrado e incorporado todo cuanto ha sido producido por los análisis y por las luchas feministas, el movimiento va redefiniendo su naturaleza de actor colectivo. La acción ya no coincide más con la condición femenina tout court y busca su ubicación específica. Después de los años de la igualdad a cualquier costo en nombre de la lucha común contra el enemigo externo, el movimiento asume la forma de un recorrido por muchos caminos y la misma reflexión sobre la condición de la mujer se centra sobre el tema de la diferencia. No soy de los que consideran que esta situación es una desgracia, un signo de la crisis o una confirmación de la fragilidad del feminismo como movimiento "político"; más bien me parece que estamos asistiendo al nacimiento de una nueva forma de agrupamiento y de nuevos terrenos del conflicto. Por esto es importante seguir la huella de los caminos que se van despejando ante la señal de la diferencia. Esta palabra clave atraviesa hoy el campo entero del feminismo, en todas las direcciones.

Es sobre todo a partir de la reflexión sobre la condición femenina que se afirma el conocimiento de una pluralidad de los modos y de los significados de ser mujer. Transformada históricamente, distinta según las pertenencias sociales y el curso de la vida, la experiencia femenina aparece hoy más nítidamente marcada por la diferencia: la rapidez de los cambios, el alargamiento del ciclo vital, la dificultad de los pasajes, acrecientan el potencial de la diferenciación. Claro que se mantienen algunos elementos fundamentales en común: una historia de resistencia continua a la subalternidad y a la opresión, expresada en formas que no son las de la lucha masculina; además, la

necesidad de enfrentarse, de alguna manera, con la maternidad como nudo crucial de la condición femenina, como destino, posibilidad o rechazo, a la que de todos los modos el cuerpo de la mujer no puede sustraerse. Entremedio de estas direcciones se va abriendo camino una conciencia más aguda y lúcida sobre la complejidad.

Se redescubre así el valor y el significado de la resistencia cotidiana como patrimonio de la experiencia femenina. La familia ha sido y todavía lo es en gran medida, el lugar de la cotidianeidad, el tiempo más típico de la historia de las mujeres, medido por los ritmos del nacimiento y la muerte, del amor y del sufrimiento. Un tiempo lento, casi igual a sí mismo; hecho de las repeticiones de los días y de los gestos, un tiempo de muchos silencios y de pocas palabras. Es en este tiempo repetitivo y casi natural que las mujeres comienzan a encontrar las señales de su opuesto, del cambio, de la acción femenina portadora de sentido. Y descubren así los rastros de la identidad femenina en silencio que se puede convertir en palabras, mientras la vida cotidiana se revela ya no sólo como manipulación y opresión sino como lugar de sentido.

También en la maternidad, por largo tiempo único destino asumible por parte de las mujeres, se hacen hoy evidentes las diversidades, en la posibilidad de elección, en el significado subjetivo de la experiencia, en el modo de vivirla en el cuerpo y en las relaciones. Durante los últimos 30 años se han acelerado las transformaciones de los modelos familiares, y la valorización del amor en la relación de pareja ha favorecido, de alguna manera, la superación de ciertas disparidades. No obstante, se mantiene la idea de que la mujer debe expresarse a través del compañero (y eventualmente a través de los hijos). Hoy, la necesidad que parece emerger de manera más clara es la superación de esta relación de fusión, la búsqueda de la identidad personal a través de la diferencia. En este cuadro la maternidad se transforma cada vez más de un destino a una posibilidad de elección. Pero el camino todavía parece largo. La práctica social del parto, enteramente medicalizada y gestionada por el aparato de salud (casi siempre masculino), en realidad todavía priva a la mujer de la posibilidad de vivir como suya la experiencia de dar la vida. Pero la maternidad no es sólo el momento del nacimiento: prosigue como experiencia de relación. La relación con los hijos reintroduce, de otra forma, el problema de la fusión, la dificultad de aceptar y conducir la diferencia. Parece así que para la mujer, la posibilidad de existir como individuo pasa por una serie de separaciones, por la afirmación de tantas diferencias: del hombre que ama, del feto que ha llevado en el vientre, del hijo (y más aún de la hija) en el cual se refleja.

En fin, de la reflexión sobre la condición femenina surge el reconocimiento de que el trabajo familiar todavía ocupa un lugar central en la experiencia de las mujeres: antes que desaparecer, más bien se enriquece con nuevas tareas y servicios. No se trata solamente de las tareas de manutención, del trabajo realizado para mantener y hacer funcionar los distintos elementos del patrimonio de una familia (el trabajo doméstico en sentido estricto); hoy en día se agregan importantes funciones de consumo y de relaciones con el sistema de servicios para obtener prestaciones; está además el trabajo por y en las relaciones que garantice la integración del núcleo familiar, la absorción de los conflictos, la relación con el exterior. Todas estas funciones recaen hoy principalmente sobre las mujeres. Sus transformaciones, el modelo de una distribución distinta de los roles se convierte en uno de los puntos cruciales con los que se enfrentará la evolución de la familia y se pondrán a prueba las relaciones hombre-mujer en el futuro próximo.

Estos elementos de la condición y la cultura femenina delínean un campo de problemas y de posibilidades. También en este caso, sólo la investigación empírica puntual podrá decir como y por qué estos elementos serán el soporte de la acción colectiva de las mujeres, en formas concretas de movilización. Sin embargo podemos adelantar algunas indicaciones sobre la base de lo que ya ha sucedido y de lo que hoy se perfila. El movimiento de las

mujeres ha sido el desafío más radical a todo lo mejor que ha producido la tradición intelectual y política de la izquierda, particularmente europea: el patrimonio de un marxismo laico y racionalista, una herencia de lucha para la emancipación de la mujer, un esfuerzo por interpretar todo lo nuevo que iba emergiendo en la sociedad después del 68 para ofrecer una salida "política". Todo esto no bastó para prever y para entender la novedad del movimiento de las mujeres. La historia de la nueva izquierda italiana es ejemplar desde este punto de vista.

La novedad del movimiento de las mujeres reside en su diferencia: pero no sólo porque ha puesto en el centro de la lucha una diferencia "natural", aquella entre macho y hembra, que se revela en las bases de muchas otras diferencias, en el poder, en los roles, en las formas de organización social; sino porque puso en discusión algunas certidumbres y conquistas de la conciencia progresista, marxista o no. Fue así por la emancipación. La lucha por la emancipación, la paridad conquistada, casi siempre duramente, no significó el fin de la ambigüedad para las mujeres, divididas entre un mundo femenino rechazado por su subalternidad y un mundo masculino en el cual encontrar lugar, pero no por esto aceptable. El movimiento de las mujeres sostiene otra libertad: no ya la libertad por la necesidad, sino la libertad de la necesidad, no sólo la lucha por la igualdad, sino por la diferencia, no ya la libertad de hacer sino la libertad de ser. El salto, la discontinuidad, parecen en verdad enormes con la tradición del marxismo y del movimiento obrero. "Lo personal es político" no es sólo una paradoja a considerar con atención, sino un desafío que deja la marca en quien lo recoge, es una apelación capaz de movilizar energías colectivas para el cambio.

Es cierto que los riesgos de esta apelación son tan grandes como su desafío. La atención a lo privado puede recluirse en el cerco ilusorio de los afectos, el llamado a la naturaleza puede abrir la ruta hacia cualquier forma de irracionalidad y violencia. Pero más allá de estos riesgos, en el rechazo que el movimiento de las mujeres ha operado respecto a una cierta "política", está el embrión de una crítica que podría marcar el inicio de una definición distinta de la acción colectiva: un punto límite, una institución, más allá de la cual es difícil andar hoy y sobre la que el movimiento de las mujeres parece haberse detenido. Pero es como si al mismo tiempo su voz hubiera hablado para todos, como si hubiera dicho que la historia no podrá ser la misma después del feminismo, porque a la historia lo femenino le ha transformado las coordenadas de lo colectivo. En esta tensión dramática está la fuerza y la fragilidad del movimiento de las mujeres: en hablar de un cambio general que es también cambio de uno mismo, en afirmar la parcialidad de la diferencia, sin renunciar a una racionalidad colectiva posible.

Atravesado y quizás lacerado por esta tensión, el movimiento de las mujeres puede convertirse en actor de los conflictos que tocan la definición de la identidad en las sociedades complejas. Que sea posible ser uno mismo sin romper el círculo de la comunicación y el reconocimiento del otro, es el problema que saca a la luz el movimiento de las mujeres y le indica a la sociedad como un campo de acción.

De estos elementos saco dos conclusiones. La primera tiene que ver con el punto de regreso, diría más bien del no retorno al que ha llegado la experiencia femenina y el movimiento de las mujeres. Me refiero a ambos niveles porque creo que se deben considerar con igual atención las formas visibles de movilización y las transformaciones subterráneas de la conciencia femenina, los silencios que se convierten en palabras. Y bien, sobre estos dos planos creo que se está consumando de manera definitiva el pasaje a un horizonte distinto a aquel que por un siglo ha alimentado la cultura del movimiento obrero y la tradición política de la izquierda. No está claro todavía el punto de llegada, pero el tema de la identidad y la diferencia, el derecho a ser antes que hacer, la reivindicación de un espacio de existencia sustraído del control y la determinación social,

aún de la más "colectiva", están destinados a no desaparecer del campo de los conflictos sociales. Creo que están destinados a ocupar un lugar cada vez más central. La experiencia de la nueva izquierda, considerada en sus momentos más lúcidos y en sus mejores expresiones, es el testimonio del límite extremo al que puede llegar en la cultura "marxista" la comprensión de lo nuevo. Igualdad, partido, revolución no son sólo palabras que se actualizan para adaptarlas a las nuevas demandas: son el confín de un horizonte que está en el ocaso pero que quizás puede asegurar la transición, crear el espacio para lo que nace.

Por esto, mientras me parece necesario reafirmar la inutilidad de cualquier esfuerzo de "aggiornamento", creo que la tradición de la izquierda occidental le entrega a los nuevos movimientos una herencia que no puede desaparecer: la herencia de la política como un esfuerzo racional de conjuntar medios y fines, de arreglar los conflictos, de asegurar aquel mínimo de integración que le permite sobrevivir a una sociedad. Pero mientras en la historia del movimiento obrero se perseguía la utopía de una coincidencia entre movimiento y política, entre conflictos y poder, hoy ha llegado el tiempo de la diferencia. Las demandas de transformación, los conflictos, no se pueden convertir en política sin convertirse en poder, sin hacerse Estado. En este caso, el destino de los movimientos es el de instalar una nueva clase dominante. Hoy parece posible inaugurar nuevas formas de la política y nuevas formas de la movilización colectiva: las sociedades complejas quizás son capaces de soportar la diferencia, también la oposición entre los problemas de la gestión y la integración (problemas del poder) y el empuje innovador de las demandas conflictuales que obligan al poder a medirse frente al cambio. Estos dos aspectos del funcionamiento de una sociedad ya no pueden coincidir más, no pueden ser producidos por los mismos actores: la ilusión de tener juntos el gobierno de la complejidad y la capacidad de cambio es la última herencia de la utopía del movimiento obrero; aunque en realidad también es la ideología que esconde los intereses de una nueva tecnocracia que se instaura. Actores de la política y actores del conflicto no pueden coincidir. El problema que tiene por delante la izquierda, pero también los movimientos, es cómo relacionar estas diferencias, cómo conjuntar los polos de una relación que es de oposición pero también de complementariedad. ¿No es este en el fondo el problema final al que llegó la experiencia feminista en lo que se refiere a la relación hombre-mujer? ¿No es el impasse sobre el que el movimiento parece hoy haberse detenido, en la dificultad de relacionar, de alguna manera, lo personal y lo político? El reclamo de lo "personal", como todas las utopías totalizantes en la fase ascendentes de los movimientos, le permitió a las mujeres definirse como actor colectivo. Esta unidad, esta armonía, cede ahora el lugar a la conciencia de la complejidad: el reconocimiento de otro polo, aquel de la acción colectiva acabada y de sus exigencias, es hoy el problema con el que se enfrenta el movimiento de las mujeres.

La segunda reflexión viene directamente de lo que acabo de decir. Después de la fase de la identidad, cerrada en sí misma, opuesta a todo lo que es externo a sí misma, definida por la negación, en la historia de los movimientos siempre existe el reconocimiento de la pluralidad. Si esto no sucede el movimiento se convierte en secta. El actor colectivo es capaz de conflicto, puede enfrentarse con el adversario y convertirse en agente de cambio sólo si logra reconocer la complejidad que lo constituye y la complejidad que lo circunda. Más que ser unificado, homogéneo, monolítico, según la representación ideológica que tiende a producir de sí mismo, un movimiento es siempre un sistema de relaciones entre polos diversos, en tensión entre sí. La identidad no es transparencia armoniosa, fusión en la solidaridad: es la capacidad de reconocerse en la diferencia y de tolerar el peso y las tensiones de esta diferencia. Lo mismo sucede en la relación con el adversario y en la definición de las reglas del juego en los conflictos. También aquí el reconocimiento de la complejidad obliga a ir más allá de la imagen simplificada y a aceptar la diversificación de

los adversarios y de los terrenos de lucha: en síntesis, hacerle lugar a la "política", a la relación entre medios y fines, el cálculo sobre los efectos de la acción.

El movimiento de las mujeres ha hecho un llamado a la conciencia colectiva sobre la radicalidad de las necesidades, que ninguna "política" puede ya ignorar. Y con esto ha señalado las vías de otra política. Una diferencia todavía.

CITAS:

[*] Del libro: L'invenzione del presente. Movimenti, identità, bisogni individuali. Universale Paperbacks, Il Mulino, Bologna, 1982. Traducción de Alejandra Massolo.

[**] Alberto Melucci es profesor de Sociología Política en la Universidad de Milán, Italia, y autor de los libros "Movimiento di rivolta" (1976); "Sistema político, partiti e movimento sociali" (1977); "Altri codici. Aree di movimento nella metropoli" (1984), este último también de la editorial Il Mulino.